





XXII Encuentro Latinoamericano de Estudiantes de
Arquitectura «Espacios Emergentes. Resignificando
límites»
XXII ELEA MVD 2013



Fuente fotográfica: Comisión Difusión. XXII ELEA MVD 2013

ELEA

La experiencia del ELEA. Algunas reflexiones.

Comisión Organizadora de Contenido.
XXII ELEA MVD 2013,
CEDA.

Puntapié

“¿Se educan a propósito nuestras disposiciones para que seamos creadores, o se nos trata puramente como criaturas cuya naturaleza no admite más que la doma? Es una cuestión tan crucial como sólo pueden serlo cualquiera de las cuestiones sociales y, más aún, es la más vital de todas ellas por cuanto las cuestiones sociales se asientan sobre aquella premisa. Sed algo más capaces y vuestras obras serán también más capaces; sed ‘cada uno de vosotros más pleno en sí mismo’ y vuestra sociedad, vuestra vida comunitaria, será también más plena. De ahí que, por encima de todas las cosas, nos preocupe aquello que se hace de nosotros en la época de nuestra educación. De ahí que el problema de la educación sea una cuestión vital.”

Max Stirner

Hace dos años comenzábamos a trabajar de cara a nuestro encuentro, el ELEA 2013, desde postular como sede hasta el posible desarrollo de una temática alineada al ciclo: límites, bordes y fronteras de la ciudad latinoamericana. En esos primeros momentos, donde los estudiantes teníamos que organizar toda una propuesta de actividades para otros estudiantes (con la com-

plejidad de que encima provendrían de muchos otros lugares), el problema de ver la pertenencia en tanto aporte al lugar y a la formación, y el interés que podía suscitar cualquier planteo, resultaba ser el quid de la cuestión. Claramente ninguno de nosotros era un docente con alguna experiencia en planificación de seminarios; con suerte alguno había rendido Historia Nacional pero casi nadie Teoría del Urbanismo. De pronto teníamos que plantear actividades que trabajaran sobre la ciudad y ni siquiera contábamos con una persona en el equipo que estuviese cursando Anteproyecto IV.

El desafío era claro: había que transgredir nuestra “naturaleza” -que por miedo “admitía la doma”- y animarnos a proponer: el ELEA tenía que ser la plataforma que diera lugar a todas nuestras preguntas hacia la formación, que si bien serían hechas desde nuestro propio desconocimiento, era nuestro lugar como estudiantes, pares de los compañeros participantes, lo que nos permitía constituirlo en la herramienta más genuina y expeditiva para descubrir y fomentar la curiosidad en materia de nuestro futuro -¿o actual?- campo de acción y reflexión.

Nos planteamos trabajar sobre la ciudad: el derecho a la ciudad; la generación de ciudad y ciudadanía; los fenómenos de apropiación y

de resignificación de espacios, para así poder cuestionarnos e indagar en la pertinencia del pensamiento arquitectónico y urbanístico para servir, revertir o desencadenar tales procesos; para accionar, plantear o reformular el lugar que construimos para habitar.

Contamos con distintos talleres y ponencias que abordaron la temática en escalas múltiples, desde la acción directa de un mural hasta otras que se ataban a estructuras y programas de escala nacional, como el taller de Plan Juntos, los talleres sobre cooperativismo de vivienda -abordando la problemática habitacional- o la tertulia sobre los trabajos de la revista Vivienda Popular (editada por nuestra facultad), que reflexionaba en torno a la enseñanza universitaria en materia de hábitat social.

Cómo fue la experiencia de este ELEA en materia de actividades y qué dejó

Sorprenderse, aprender y hacer, jugando; reflexionar, interrogarse, comprometerse, interactuar; compartir la herramienta, el pan, el tiempo, la charla, la tarea, el cansancio, el sol en la frente, y compartir también el conocimiento, la experiencia y la gratificación. Montones de bicicletas espiando la Iglesia del Cristo Obrero.

Brasileros, argentinos, paraguayos, peruanos y chilenos andando a la deriva por Montevideo, cazando quién sabe qué (quizás una anécdota del vecino que curioso miró pasar a semejante grupo heterogéneo de dudoso acento). El “cubano” chofer de COT que le pidió un casco a la tallerista del Plan Juntos y se puso a construir a la par, en vez de descansar antes de regresar. La expoplatea de Atlántida luciéndose con la forma de Latinoamérica en sus contrahuellas. Estudiantes con hilos de colores sobre andamios haciendo un techo que se llueve, la vecina que ríe. Gente bailando sobre barro, haciendo barro pero haciendo ceremonia, porque al final de cuentas, todo da para celebrar. Eleanos que retornaban al predio con el bronceado producto de las jornadas solidarias en las cooperativas de vivienda, mientras otros reclaman su derecho a perder el tiempo y realizan performances por la tranquila-por-octubre Atlántida. Otros se encuentran jugando en la peatonal un fútbol sobre sillas de ruedas, con los ojos vendados, con las manos atadas y demás formas de torturar a un estudiante de arquitectura para probarle como está preparada su ciudad para la accesibilidad. Patrimonio arquitectónico que es sorprendido en la mañana por un montón de flashes, se dijo que “Revisor” fue visto por Peñarol. Un club de niños en Cerro Norte toma la consigna de “un niño, un eleano”. El taller de paisaje pone

a tu hijo sobre las vías férreas de San Carlos a la Paloma. Los buses salen y vuelven, todo el tiempo hay convocatorias, hay movimiento, hay encuentros, intercambios, palabras y sentencias. No es sólo actividad física, no es sólo ejercicio intelectual, no es cuantificable ni acreditable. La experiencia del ELEA incluye otras dimensiones: emocional, relacional, genera otra conciencia y aprehensión de la realidad que conlleva a reflexionar nuevamente sobre el sentido de nuestra educación.

En la tertulia sobre los trabajos de la revista Vivienda Popular se trabajó en particular en relación a nuestra formación universitaria en materia de hábitat social. Varias preguntas aparecieron entonces y restan como insumo de trabajo cuando uno enfrenta esta temática a nuestra oferta académica: ¿no deberíamos formarnos en el ejercicio de la complejidad que la problemática de la vivienda popular requiere? ¿Qué grado de injerencia, qué capacidad de propuesta estamos teniendo los estudiantes a la hora de plantear la pertinencia de ciertas problemáticas (que son de la sociedad en su conjunto) como un ineludible compromiso universitario? ¿No deberíamos estarnos planteando en primera instancia hacia dónde debería ir el compromiso de una formación y la consiguiente profundización de una disciplina? ¿Qué estrate-

gias entonces tomar para darle a toda nuestra producción de conocimiento cabida dentro de los desafíos que plantea el presente?

En una reciente asamblea posterior al ELEA, el CEDA se planteó formar una nueva comisión de Vivienda y Territorio, que se aboque a estas interrogantes, invitándonos a todos a activarnos en la discusión y acción al respecto. Y es que, en cualquier arquitectura, proyecto arquitectónico, urbano o de gestión sobre el territorio, importa tanto o más el cómo se opera, cómo se gesta, cómo se procede, que el objeto en sí mismo. En los talleres, en el predio mismo del ELEA, el cómo nos apropiábamos de ciertos espacios y experiencias era lo que sustentaba gran parte del éxito del proyecto. El sentirlo, el dimensionarlo, el involucrarse, el desdoblarse en el espacio, plasmarlo con nuestras intenciones, con nuestros anhelos, traducir el esfuerzo, el agotamiento, en gratificación. Y quizá el objeto distaba bastante de “la buena arquitectura”, o de una arquitectura que pudiéramos catalogar de “vistosa”, pero como dijo Dieste en algún escrito *“importa allí más la gente que los árboles añosos”*.

Entrenados para qué, y volvemos a la frase de Stirner, que diera comienzo a este espacio. Conocimiento adquirido, conocimiento aplicado:

¿acaso debe haber un sentido que dirija nuestra formación y se encuentre respaldando nuestro quehacer universitario? Decía el Rector Oscar Maggiolo en el sepelio de Liber Arce: *“Aspiramos a que nuestra Universidad no sólo forme hombres cargados de ciencia y de sapiencia, sino hombres rebeldes, inconformistas y de espíritu crítico para la gran sociedad en que viven, buscando en el gran laboratorio que es la vida, la misma verdad que el hombre de ciencia busca en el laboratorio y transmite a la cátedra. Lo reafirmamos con todo énfasis, la Universidad no cumpliría su misión si no formara hombres capaces de descubrir las imperfecciones de la sociedad en que viven y no les infundiera el valor para rebelarse contra estas imperfecciones.”*

